

HERMES EN EROS: LA OBRA DE IGNACIO GÓMEZ DE LIAÑO

César García Álvarez

Sobre el concepto de hermetismo

Hermes es un dios contradictorio. Mentiroso y mensajero fiel, ladrón y mistagogo, mercader y *psicopompos*, elocuente y silencioso, *herméticamente* silencioso. Mezcla de los más profundos y elevados misterios y de las más arteras trampas, capaz de engañar a Admeto y de conducir a Eros hacia el cielo, no es de extrañar que las artes y saberes que patrocina estén marcadas por la misma tensa ambigüedad entre el secreto trascendente y el vacío más falaz, entre el saber sagrado y el negocio de la mentira. Nuestra época está dominada por el lado más engañoso de Hermes. Después de la falsamente decretada muerte de Dios, la inagotable sed de trascendencia se sacia en las fuentes más enfangadas, desde las revistas pseudoesotéricas hasta la televisión, pasando por una plaga de mala literatura en la que una legión de falsos hermeneutas se lanza alegremente al desvelamiento de trascendentales secretos, alevosamente ocultados por el oscurantismo de terribles poderes fácticos, cuya clave se encuentra en documentos, obras literarias y artísticas, las cuales, correctamente interpretadas, revelan toda su inmarcesible sabiduría. El éxito mundial de *El código Da Vinci* encabeza esta incontenible corriente paracientífica y pseudoliteraria, cuya calidad abarca desde lo dudoso hasta lo pésimo, y que sólo merecería la consideración de anécdota si no fuese porque su contenido es tomado por masas innumerables de lectores como la ilustradora y real revelación de verdades fundamentales.

No son, sin embargo, estas obras las únicas responsables de la degradación de lo hermético. Sólo en tiempos recientes el hermetismo ha comenzado a ser considerado por las instituciones académicas un objeto digno de estudio, y no un residuo de una cultura periclitada o un pasatiempo frívolo cuya mera mención resultaba degradante para mentes bien formadas. La indiferencia y la desidia académicas han provocado que los estudios herméticos hayan sido copados durante décadas por cualquiera que quisiera desarrollar las ideas más peregrinas y las más variadas especulaciones, con la certeza de que su acogida resultaría más exitosa cuanto más sensacionalista y disparatada fuese. La recepción de lo hermético ha solido guiarse por el modelo del *credo quia absurdissimum*.

Todo ello ha provocado que el término *hermetismo* se haya visto adulterado y vaciado hasta el extremo. En nuestro convulso y confuso ciclo cultural, el hermetismo y lo hermético han acabado por convertirse en etiquetas cuya omnipresencia es al final signo y garantía de vacío. El hermetismo se ha convertido, por así decirlo, en hermeneutismo, una forma de hermenéutica insaciable e incontrolada, tanto más exitosa cuanto peor fundamentada, tanto más creída cuanto más indocumentada.

Es preciso comenzar, por tanto, con unas someras reflexiones sobre el concepto de hermetismo que sirvan para acotar al menos una parte de lo que ha significado históricamente.

Entre las diferentes acepciones de lo hermético, destacan esencialmente cuatro. En primer lugar, y fundamentalmente, lo hermético se identifica con una tradición textual cuyo referente primordial es la obra de Hermes Trismegisto.¹ Como tal, es una combinación intensamente sincrética de neoplatonismo, alegorismo y eclecticismo, llena de elementos mágicos y fundamentada sobre el simbolismo analógico.

En segundo lugar, lo hermético abarca un conjunto de conocimientos, doctrinas y prácticas simbólicas, religiosas y filosóficas que, si bien son de origen anterior y/o independiente de la tradición hermética, se vieron enriquecidas mediante su conexión con los conceptos herméticos, hasta el

1 Véase al respecto la excelente introducción al *Corpus hermeticum* y el *Asclepio* de Copenhaver, Madrid: Siruela, 2003.

punto de llegar a ser asumidas como saberes específicamente herméticos. Entre ellos destacan especialmente la alquimia, la cábala, la magia y la astrología.²

En tercer lugar, lo hermético se corresponde con un calificativo bastante ambiguo que designa un repertorio de conceptos y de imágenes, extraído de modo en general poco sistemático de los saberes que acabamos de citar, y que ha servido de fuente de inspiración para la literatura y el arte en todas sus formas.³ Por lo general, al igual que los arqueólogos califican como cultural todos aquellos restos que no tienen un sentido claro, muchos iconógrafos denominan *herméticos* todos aquellos temas que no se entienden bien, lo cual abarca cada día un catálogo más amplio.

En cuarto lugar, el hermetismo es un modelo ético e intelectual basado en la posesión declarada de un conocimiento elevado y secreto, que confiere a su supuesto dueño el prestigio y la distinción propios de quien tiene acceso a un saber vedado al común de los mortales. De este modo, combinado en mayor o menor proporción con la triple condición textual, teórico-doctrinal e iconográfica, el término *hermético* ha acabado por tener igualmente un significado complejo que abarca una actitud vital marcada por una serie de características que pueden ser esencialmente identificadas con una combinación de reserva, presunción y dandismo. El hermético se declara —o es considerado— en posesión de un saber tan oculto y elevado que, inaccesible para el resto de la humanidad, le eleva a una condición sobrehumana, la cual mantiene mediante una hábil dosificación de sus supuestamente imprescindibles conocimientos.⁴ Este tipo de hermetismo, que alcanzó su apoteosis histórica a finales del siglo XIX y comienzos del XX, se alimenta de una teoría del secreto que, como ha analizado Umberto Eco, cifra su existencia en un juego de desvelamientos progresivos, cada uno de los cuales remite al desciframiento y posesión de un secreto superior, en un juego infinito de remisiones cuyo límite suele ser con demasiada frecuencia el vacío, un vacío *herméticamente* cerrado.⁵

2 Alexandrian (2003).

3 Klossowski de Rola (1991). Roob (2000).

4 Faivre y Needleman (comps.) (2000).

5 Eco (1992).

Este secreto fundamental, oculto, inaccesible, pero a la postre huero, insignificante, es la clave de la insustancial nadería que se esconde en la plaga que asola durante los últimos años el panorama literario. Su paradigma máximo, el ya citado *Código Da Vinci*, ejemplifica a la perfección la búsqueda y desvelamiento de un secreto de la máxima trascendencia, cuya resolución no sólo resulta decepcionante, sino sumamente irritante, puesto que se limita a ofrecer un mal refrito de textos esotéricos mal comprendidos y peor combinados entre sí, tradiciones simbólicas deformadas y vulgarizadas, que conforman una papilla pseudointelectual que, desesperanzadoramente, constituye el único alimento de gran número de lectores, cuya incultura los vuelve vulnerables a esta fraudulenta degradación.

El hermetismo y la obra de Liaño

La obra de Ignacio Gómez de Liaño es un antídoto imprescindible frente a todas estas degradaciones de lo hermético. Y no porque al autor puede aplicársele sin más la condición de hermético o hermetista. En muchos aspectos, la obra de Liaño puede considerarse incluso claramente antihermética. En efecto, no existe ni en su persona ni en sus escritos el menor rastro de petulancia narcisista, ni la presunción de poseer elevados secretos cuyo conocimiento le confieran poder y prestigio. Es más, tanto la continua exigencia de claridad como la crítica a la jerga críptica, oscura y vacía de los malos filósofos, entre otros aspectos, son radicalmente contrarios al modo de ser hermético. Sin embargo, la obra de Liaño resulta fundamental para cualquier acercamiento futuro al hermetismo, al menos por dos razones principales.

En primer lugar, porque los estudios históricos realizados por el autor constituyen una refundación incontestable de numerosos problemas históricos y filosóficos ligados al hermetismo. Las obras dedicadas a la historia y evolución de los diagramas mnemónicos suponen para el conocimiento del hermetismo una revolución incluso superior a la que en su momento provocó la obra de Isaac Casaubon. En efecto, si el erudito francés demostró que la datación correcta de los textos herméticos era la época alejandrina, en lugar de un fantasioso tiempo egipcio,⁶ Liaño demuestra

6 Véase al respecto el excelente estudio de Frances Yates (1994).

como las raíces *últimas* de lo hermético descansan en la diagramatización mnemónica de la colosal síntesis que es la filosofía platónica, y no en un hipotético *tempus originarium*, fuente de toda sabiduría y conocimiento, como defienden la mayor parte de los propios hermetistas.⁷

En segundo lugar, porque sus obras filosóficas integran las concepciones herméticas desde su raíz, pero disolviéndolas hasta encontrar sus fundamentos últimos, para después, correctamente co-fundidas con los fundamentos del resto de los principales sistemas de pensamiento y corrientes filosóficas surgidos históricamente, cimentar de un modo más sólido un proyecto de re-fundación de la filosofía que cumpla de modo integral su aspiración originaria.

La obra de Liaño afecta, así, decisivamente al conocimiento y sentido del hermetismo tanto en su dimensión histórica como doctrinal. Las implicaciones de sus estudios son tan profundas que convierten en menos interesantes otras formas de relacionar su obra con lo hermético. Es cierto que, por ejemplo, puede abordarse la presencia de rasgos, temas y aspectos herméticos en los diferentes campos creativos de Liaño, desde la literatura hasta el ensayo filosófico, y también que tanto algunos poemas de *Nauta y Estela* como, sobre todo, la estructura de *Arcadia y Musapol* no sólo albergan metáforas, iconografías y temas específicamente herméticos, sino que se prestan a interpretaciones simbólicas, e incluso su riqueza y densidad parece exigirlos. Pero a pesar de todo el interés que estos estudios puedan revestir, palidecen ante las trascendentales consecuencias que el conjunto del corpus del autor encierra para la correcta comprensión del hermetismo.

Y es que la conexión más profunda e importante entre la obra de Liaño y el hermetismo se halla en el corazón mismo de su pensamiento. En efecto, uno de los fundamentos esenciales de todas sus obras, sean literarias, ensayísticas, históricas o mnemónicas, es la condición última de la unidad, del Uno, como soporte y esencia de la realidad y el conocimiento. El fundamento de lo existente, del entendimiento, de la imaginación, de la emoción, de la formación de la persona, la clave última misma del

7 En realidad, no es la aspiración de Liaño demostrar las raíces platónicas del hermetismo, sino que son una conclusión más que se desprende de los descubrimientos que contiene *El Círculo de la Sabiduría*.

ser, descansan sobre el principio y el concepto de la Unidad, protorreferente y origen del par excitación/resolución que conforma, junto con el Uno, la trinidad de conceptos en los que se cimenta la existencia del mundo y del hombre. La articulación de unidad, excitación y resolución es, así, el fundamento primordial de la formación de la persona, de sus potencias esenciales, de la sensibilidad, la imaginación, la memoria, el entendimiento y la emoción, de la articulación de los elementos cuyas complejidades componen la persona. Esta idea recorre toda la obra del autor, pero se expone con especial profundidad, detenimiento e intensidad en *El idioma de la imaginación* y *Sobre el fundamento*, y especialmente en *Iluminaciones filosóficas*. Dejemos que hablen las palabras del propio Liaño, a través de un conjunto de citas extraídas de esta última obra.

La excitación sensorial, base del conocimiento, existe en la medida en que apunta a una resolución conclusiva y unitaria, bien cognoscitiva o emotiva, pero cuya forma de resolución es la Unidad. La resolución es la determinación de un estado de indeterminación, y consiste en el hallazgo de una forma de integración, de un orden adecuado.⁸ El sentir es ya una forma de entender, y puede referirse al cuerpo o al mundo (Gómez de Liaño, *Iluminaciones filosóficas*, 180). El entender algo se da siempre como nexos, como contacto que se produce en un instante (185). La unidad es una condición radical, pero transobjetiva, de todo objeto y de todo estado (216). Cada aparición de la cosa remite, no a un infinito de resolución, pues entonces *no aparecería nada*, sino a una unidad de resolución, a la propia cosa (288). En *el principio* hubo una excitación infinitamente indeterminada que apuntaba a una resolución infinitamente determinada. Es, más o menos, lo que resultaría de fundir «en el principio fue la acción» y «en el principio fue el verbo» (242). El número y las categorías de la filosofía clásica se forman por el Uno y sus complejidades (114). En el *quale-quantum* y el Uno está el fundamento de la realidad. Así como el *quale-quantum* manifiesta el sentir resolutorio, asimismo el Uno es la base del entender que culmina la resolución del sentir. En su fondo último la realidad es la manifestación física de la unidad-sentiente (132). El 1 es número en cuanto que con él se puede operar como con los demás números, pero no es número en cuanto que es la negación de la multiplicidad. Por ser princi-

8 Ignacio Gómez de Liaño, *Iluminaciones filosóficas*, «Sobre los objetos, o el mundo de los qualia», 108.

pio de todo número no es ni puede ser número, pues no es lo mismo lo principiante que lo principiado. El 1 es número y es trascendental a los números. Algo así como una *coincidentia oppositorum* (133).

Si al razonar descubro relaciones y conexiones entre las cosas es porque el sistema de relaciones cualitativas y cuantitativas existe independientemente de que lo sienta o entienda. Es algo dado, es protorreferente (173). El entendimiento es la facultad que descubre relaciones a través de los *qualia*, pues, como he dicho, el entendimiento no es otra cosa que la visión objetivada de las conexiones. De ahí la estrecha relación entre el entendimiento y el amor (194). En cuanto indefinible, por ser principio de toda definición, el Uno (Uno-abismo) es el origen del sentir, ya que al sentir, en cuanto excitación, le es inherente la indefinición —una indefinición pendiente de una definición—. Mas en cuanto definidor absoluto, pues sin él nada puede ser definido, el Uno es el origen del entender (196). ¿En cuanto uno-definidor, el Uno-abismo es el entendimiento (la mismidad), y en cuanto uno-indefinición (la otreidad) es la materia (198)? Lo trascendente está más próximo al alma que al mundo, pues el alma, como el propio afecto, es una realidad donde los contrarios se armonizan y confunden. Pero aún está más próximo lo trascendente al entendimiento, porque es función de éste la *unificación* de las representaciones.⁹ La primera vibración, la vibración de la que surgió el universo en el espacio-tiempo, fue un grito de infinito dolor que lleva en su seno un germen de infinito gozo, una voz de infinito estupor y terror que lleva en su seno un germen de infinito conocimiento y paz. Fue la explosión generada por la colisión de un sentir-entender infinito, o sea de una determinación infinita, con una infinita indeterminación y otreidad (172).

Entender es lo mismo que sentir en una forma superior de unidad de lo sensible. Entender es, esencialmente, sentir algo como uno. Pero ese *sentir en forma de uno* es el resultado, al menos aparentemente, de una enorme multiplicidad de procesos que incluyen los componentes más elementales de la realidad física.¹⁰ El Yo sólo puede darse o revelarse como *capacidad o poder de sentir y entender desde un determinado punto del tiempo y el espacio*, o sea, desde el *hic et nunc* ocupado por el cuerpo.¹¹ El Yo es

9 «Sobre los estados, o el alma», 243.

10 «Sobre el pensamiento en las formas de entendimiento y razón», 110.

11 «Sobre el yo y el principio consciente», 11.

el polo que unifica los sentires y entenderes. El Yo no es nada sustancial, sino una forma del Uno-que-siente-entiende como uno-otro, del Uno-Gozo-Bien (15). ¿Diremos que el Yo es Uno? Digámoslo, aunque lo correcto es decir que el Yo no es tanto el Uno como un poder unificante y por ello subsidiario del Uno. ¿Diremos que el Uno sirve de fundamento a todo objeto, a todo gozo, a todo sufrimiento, a todo? Digámoslo. Pero entonces debemos admitir que en todo hay un germen de Yo, como en todo lado hay algo así como un germen de ángulo (64). Si el Yo, en cuanto sentir intelectual, es un supernexo sentiente, entonces el Yo tiene como supuesto el Uno; más bien, el Uno-Gozo-Bien. Todo proceso intelectual apunta a formas de unificación, y toda unificación, al Uno, que es su proterreferente. También todo sentir supone el Uno (70). Si la función esencial del Yo es hacerse presente el mundo, en sus nexos, si el Yo es un supernexo sentiente, entonces la esencia del Yo es amor —el amor de (genitivo-objetivo) las cosas del mundo—, ya que el amor es lo que hace que todo pueda entenderse con todo (74). El Yo sólo es viable en relación de dependencia con el poder expansivo, explosivo, excitante de la sensación y con el poder contractivo, implosivo, apaciguante de la inteligencia. El Yo es, así, la manifestación, en un punto del tiempo y del espacio, de los poderes expansivo-contractivo, explosivo-implosivo, excitante-apaciguante, o sea, de la pareja movimiento y reposo, uno y otro. En fórmula sintética: el Yo como nexo sentiente de nexos (75). El Yo es el mundo sentido y entendido desde un determinado punto. Por eso se dice que el hombre es un microcosmos. El Yo, polo unificador de los sentires, arraiga en lo trascendente, en la oscuridad radical de lo trascendente (95). El origen de la materia no puede ser radicalmente diferente del origen del entendimiento, pues aquella no tiene sentido sin éste, y éste no tiene objeto sin aquella. El entendimiento es un poder unificante, la materia multiplicante —de *qualia*—, pero no *caótico*, pues sus multiplicidades se dan de forma coordinada y por ello son *inteligibles*.¹² El fondo de tiniebla que hay en el núcleo de la realidad ¿no es efecto de la disimetría entre el sentir-entender y lo sentido-entendido, entre el principio de determinación y el de indeterminación, entre lo *uno* y lo *otro* (22)? ¿El entendimiento es el regreso de la multiplicidad a la unidad y la materia el progreso de la unidad a la multiplicidad? ¿Son dos abismos, el uno de luz, el otro de tiniebla; el uno de

plenitud, el otro de vacuidad; el uno de gozo, el otro de sufrimiento? ¿En esto hay algo más que una simple metáfora? (32). El Uno-abismo, al salir de sí mismo, a fin de generar el ser del Universo, originó simultáneamente el uno-entendimiento-determinación y, como envés, el dos-entendido-indeterminado, la materia universal (35). La unidad es el principio de toda relación y conexión. La relación y conexión es una unidad que vuelve a sí misma por medio de la otredad. Se pone un *límite* a lo que provisionalmente se ha dado como *ilimitado*. Eso es la armonía. Lo sensible, lo inteligible, lo decible, lo numerable, lo espacial, lo temporal, etc., implican lo insensible, lo ininteligible, lo indecible, lo innumerable, lo inespacial, lo intemporal, etc. El sí implica el no. A la conjunción de estas dos series la llamo Dios, *coincidentia oppositorum* de infinita luz e infinita tiniebla. Y también amor, principio de toda relación y conexión (36). El nexo sentiente-inteligente que es el Yo es el encargado de restablecer al Universo en la Unidad-Gozo-Bien, en la Inteligencia-Amor de la que procede. Ése es el fin supremo de todos los seres inteligentes que pueblan el Universo. Restaurar la unidad perdida a través de una infinitud de multiplicidades. La resolución de la pluralidad infinita en la infinita unidad es el gozo supremo, la integración de un sentir infinito con un entender perfecto (106).

Como puede apreciarse, incluso la apretadísima selección que se encierra en estas pocas líneas condensa, unifica y supera las reflexiones características del hermetismo. Desde la unidad primera y esencial del espíritu, infinitamente concreto, limitado, unitario y determinado, y a raíz del encuentro con lo infinitamente impreciso, ilimitado, múltiple e indeterminado que es el abismo último de la materia, tanto la sensibilidad como el entendimiento, el amor y el placer son la consecuencia del despliegue de la Unidad en la Multiplicidad inagotable del mundo de los *qualia-quanta*, lo sensible-cuantificable. El amor y el entendimiento *son* en su raíz *procesos de unificación de lo diverso*, y nacen y se manifiestan como principios de conexión, de relación, puesto que todo lo que existe es el producto de la interrelación entre las partes producidas por la desintegración de la Unidad Primordial.

Dicho de otro modo, Eros y Hermes, el amor y el entendimiento interpretativo, son dos formas de unificación, dos modos primordiales de relación. De este modo, los principios fundamentales de las disciplinas herméticas quedan acogidos y unificados en la obra de Liaño. Así, tanto el primer y esencial precepto de la *Tabla de Esmeralda*: «como es arriba es

12 «Sobre Dios y la materia», 16.

abajo, como es abajo es arriba, para hacer los misterios de la unidad», como la articulación de excitación y resolución en el *solve et coagula* alquímico, verdadera clave del arte de Hermes, y también la compleja articulación entre la unidad abismática del *En Soph*, los *Sefiroth* protorreferentes y el mundo manifestado en la tradición cabalística, son sólo algunos ejemplos que demuestran que la articulación unidad/excitación/resolución subyace como clave primordial del pensamiento hermético y de la obra del filósofo español.

Por otra parte, el relato primordial que se cifra en las imágenes simbólicas de los diagramas mnemónicos, que son el objeto de estudio de los volúmenes que componen la magna obra *El Círculo de la Sabiduría*,¹³ no es otro que el de la transformación del Uno Primigenio en una ordenada variedad de potencias personificadas en las que se despliega la clave de lo real. Este relato, cuyo modelo último se encuentra en la estructura diagramática del sistema filosófico platónico,¹⁴ es, por una parte, el arquetipo y protorreferente último de las doctrinas esenciales subyacentes bajo las corrientes de pensamiento estudiadas en *El Círculo de la Sabiduría*, como el mitraísmo, el gnosticismo —en todas sus manifestaciones—, el cristianismo joánico y el budismo *mahayana* y *vajrayana*, entre otras. Pero también es el modelo que subyace bajo la literatura hermética, en especial el *Corpus hermeticum* y el *Asclepio*, la astrología posthelenística, la alquimia y la cábala, como puede apreciarse incluso después de una mirada superficial hacia su corpus textual e icónico.¹⁵

El esquema esencial presente en todas las disciplinas ligadas al hermetismo no sólo es la historia del Uno y sus transformaciones, sino también la reintegración de la Unidad perdida, y especialmente los saberes, técnicas y procedimientos que pueden conducir al hombre a lograr dicha rein-

13 Y que incluyen también *Filósofos griegos, videntes judíos y El diagrama del primer evangelio*.

14 La diagramatización de la filosofía platónica que Liaño ofrece en *Filósofos griegos, videntes judíos*, a partir sobre todo del *Parménides* y el *Timeo*, resulta una aportación trascendental que no podemos ahora abordar en toda su complejidad.

15 La labor de sistematizar la estructura diagramática y doctrinal de las disciplinas herméticas es un reto que después de *El Círculo de la Sabiduría* se vuelve a la vez incluídible y fascinante, y de la cual sólo podemos hablar aquí como un proyecto que seguramente transformaría las concepciones vigentes sobre lo hermético, del mismo modo que ya las ha cambiado sobre el gnosticismo, el mitraísmo o el budismo.

tegración. Éste es otro de los aspectos comunes a la tradición hermética y la obra de Liaño. En la última desempeña un papel crucial, que no podemos analizar en este momento con el detenimiento que merece, dada su riqueza y complejidad. Liaño somete en muchas de sus obras a las técnicas de formación del psiquismo propias del Arte de la Memoria a una refundación crítica que permita ofrecer tanto una explicación teórica como práctica y propedéutica de sus posibilidades en el mundo actual, como una parte sustancial del proyecto de refundación de la filosofía, que sirva para la formación correcta de la persona. Mediante la imaginación y las técnicas mnemónicas, puede lograrse una completa catalización integral y unitaria de las potencias afectivas y cognitivas humanas, que logre canalizar correctamente la voluntad hacia la acción. Estas técnicas contienen ecos de las tradiciones herméticas, pero, como beben directamente de las fuentes de las que a su vez bebió el hermetismo, como es, entre otras, el Arte de la Memoria, permiten no sólo depurar y perfeccionar las propuestas herméticas, sino también arrojar luz sobre los orígenes de los procedimientos herméticos ideados para conducir al hombre a una transformación que le permita acceder a la unidad perdida. En cualquier caso, queda pendiente un análisis más profundo de este aspecto, que constituye una de las aportaciones decisivas de Liaño, pero cuyo correcto tratamiento exige un detenimiento y un espacio del que ahora no disponemos.

Hermes en Eros

Por otra parte, si de acuerdo con las tradiciones propias del *Ars Memoriae*, la realidad puede ser traducida en forma de imágenes simbólicas cuya disposición ordenada constituye una poderosísima herramienta para la organización del psiquismo humano,¹⁶ la propia obra de Liaño podría a su vez ser traducida a un cierto número ordenado de imágenes agentes, las cuales, cargadas de sentido, ofrecerían una clave diagramática en la que cifrar el curso esencial de su pensamiento. No vamos a intentar aquí imaginar y construir este diagrama en su totalidad, pero sí nos centraremos en dos de las imágenes agentes que lo compondrían y que, a nuestro juicio,

16 Como Liaño aborda en *Iluminaciones filosóficas*, especialmente en el capítulo «Metodología de las formaciones anímicas y espirituales», 427-484.

simbolizan con gran claridad algunos aspectos esenciales del pensamiento del autor. Nos referimos a los dos dioses que figuran en el título de este texto, Hermes y Eros. La mitología clásica asignó a Hermes, entre otros, los papeles de mensajero de los dioses, protector de la elocuencia, del comercio y de los ladrones, símbolo del pensamiento cuya alada rapidez conecta instantáneamente lo que está recóndito y alejado. Eros, por su parte, es, en su máscara más superficial, Cupido, el infantil, inconsciente y juguetón dios del amor, cuyas flechas despiertan la pasión o el odio según su capricho o la decisión de algún dios superior, bajo cuyas órdenes con frecuencia actúa, si bien puede volverse en contra incluso del mismísimo Zeus. En principio, Hermes y Eros parecen dioses muy diferentes, pero comparten no sólo rasgos superficiales como su condición de voladores, astutos y escurridizos enlaces entre el mundo de los dioses y los hombres, sino también otros más profundos y significativos. Ambos, en efecto, se convirtieron en centro de profundas especulaciones filosófico-místicas ya desde la propia Antigüedad. Si Hermes es el dios *psicopompos* que guía y conduce a las almas en su ascenso ultraterreno por las esferas celestiales, Eros llegó a ser identificado como el dios primordial del Cosmos, origen y meta de lo existente, causa primera y final de lo manifestado.¹⁷

Pero entre ambos dioses existen vínculos directos que nos interesan en gran medida. En primer lugar, la clave última del significado de los dos es la relación. Ambos son dioses *mediadores*, cuya función primordial es servir de puente, de intermediario, de conexión. Si Hermes es el transmisor de la voluntad de Zeus, y el conductor de las almas hacia el Hades, Eros es, como se desprende de la interpretación platónica expuesta en el *Banquete*, el *daimon* mediador por excelencia, hijo de la necesidad, y el recurso que pone en relación el mundo material con el ideal, la fuerza última que alimenta la dialéctica, el motor de la reintegración de la diversidad en la unidad originaria.

Hermes y Eros son, por tanto, dos dioses *relacionales*, cuyo ubicuo poder conecta y relaciona lo alto y lo bajo, lo celestial y el inframundo, lo divino y lo humano. ¿Cuál es, sin embargo, la relación existente entre estos dos dioses y la obra de Liaño? A nuestro entender, profunda y esencial. El

concepto último que fundamenta toda la obra de Liaño es, como hemos visto, el de la Unidad. Lo real es el resultado de una fragmentación de la Unidad primigenia, y todas las formas del ser y de las potencias humanas son modos de unificación de lo disperso. El principio que subyace a todos estos actos de unificación es Eros, por lo cual toda forma de unificación contiene una dimensión amorosa en su esencia última. El entendimiento, en cuanto principio básico de unificación de lo sensible, es, por tanto, en última instancia, amor. Si la función principal del entendimiento es, por otra parte, establecer y descubrir nexos, relaciones coherentes entre la multiplicidad de lo existente, y si el Yo es el Supernexo en el cual el sentir y el entender encuentran su unificación, entonces Eros subyace, bajo ilimitadas máscaras, tras todas las formas de relación.

Por otra parte, toda la obra de Liaño se caracteriza por el descubrimiento de insospechadas relaciones significativas entre partes de la realidad aparentemente inconexas entre sí. De hecho, la *iluminación*, que da título a su obra filosófica capital, no es sino la percepción de la emergencia de un nexo cargado de sentido, un destello que anuncia que dos realidades diferentes han establecido un nexo percibido por el yo. ¿Y qué otra cosa sino un gigantesco nexo entre imágenes, textos y diagramas supuestamente independientes es *El Círculo de la Sabiduría*? ¿No son nexos unificadores las esclarecedoras relaciones entre el gnosticismo y el mitraísmo, entre el budismo y el escepticismo griego, entre Ezequiel y Simónides de Ceos, por citar sólo tres de ellas?

Por otra parte, ¿no es la función conectiva del entendimiento radicalmente *hermética*, en la medida en que des-vela lo oculto mediante el descubrimiento de sus nexos significativos? Estar en el mundo es estar relacionado con él, como parte de un inagotable sistema de vínculos, nexos y relaciones que incluye al propio yo y lo interpreta al tiempo que es interpretado por él. El mundo es el escenario de una inacabable labor de hermenéutica, de una navegación hermética que convierte a los intérpretes en *herme-nautas*. Es más, al igual que el escurridizo, astuto y ubicuo Hermes establece por doquier nexos entre lo visible y lo invisible, entre lo divino y lo humano, sin que su aparición pueda ser predicha ni se someta a leyes o normas regulares, así el entendimiento parece albergar un Hermes que hace aflorar de modo aparentemente súbito e impredecible las conexiones entre seres de las que emerge el sentido oculto del mundo.

17 Reale (2004).

Pero con toda su importancia y potencia, Hermes no pasaría de ser, en el pensamiento de Liaño, otra máscara más de Eros, el primigenio principio de quien el entendimiento no es más que una manifestación trascendental pero superficial comparada con la abismática condición originaria y fundamental del dios del amor. Eros es el principio unificador supremo, y, por tanto, el fundamento del entendimiento, pero también de todas las formas emocionales, perceptivas, volitivas e imaginativas que configuran la persona, y es también la fuerza unificadora que conduce a lo manifestado hacia la reconstrucción de la unidad primera, la potencia que convierte lo múltiple en uno, la que coagula lo disuelto, el rostro esencial de lo Uno.

La cultura simbólica del Renacimiento desarrolló la iconografía, cuya concepción revela un fuerte sabor alegorista, de la educación del amor por parte de Mercurio y Venus, cuyas dos versiones más célebres son las pintadas por Correggio y Van Loo. No sólo en este relato Hermes actúa como guía de Eros, sino que, de acuerdo con Apuleyo,¹⁸ condujo a Eros hasta el cielo para que celebrase su matrimonio con Psique.¹⁹ Las bodas del amor y el alma, posibilitadas por el nexo del entendimiento unificador, constituyen una excelente iconización de las profundas y decisivas relaciones de los principios unificadores.

Que Hermes eduque a Eros es una forma de expresar que el entendimiento debe primar sobre las pasiones. Pero, en su interpretación hermética de la mitología clásica, los humanistas del Renacimiento analizaron superficialmente el significado profundo de las imágenes de ambos dioses. Si algún artista quisiese pintar de nuevo la escena, pero en esta ocasión después de haber comprendido el significado que a ambas *imágenes agentes* otorga la obra de Liaño, debería ser Eros el educador de Hermes. Eros debe educar a Hermes, porque toda interpretación del mundo está en realidad sometida a la condición unificadora del Amor, al principio de Eros que se manifiesta en la interrelación plena, amorosa y fecunda que unifica

¹⁸ Apuleyo (2004).

¹⁹ El Eros, que en la *Primavera* de Botticelli despierta el amor por el Hermes mistagogo y *psicopompos*, en la *Gracia Castitas*, tan sabiamente analizada por Edgard Wind, revela otro nexo entre ambos dioses que ahora no podemos analizar con el detenimiento que merece. Parece el complemento del episodio narrado por Apuleyo, pues si en éste Hermes conduce a Eros a su boda, en el cuadro renacentista es Eros quien propicia la unión amorosa del ejecutor de Argos.

la pluralidad de lo sensible. No sólo el entendimiento del mundo debe estar regido por la aspiración a la unificación amorosa, y no sólo el entendimiento mismo es en sí un acto amoroso, y el amor un acto del entendimiento, sino que toda hermenéutica, toda nueva interpretación del mundo, todo desvelamiento y *aletheia* de un sentido nuevo todavía oculto pero esperando ser descubierto, nacerá de la interconexión *erótica* de lo aparentemente separado. Y así como los avances más importantes en el conocimiento se deben al planteamiento de relaciones entre campos considerados aislados e inconexos entre sí, así la incesante generación de relaciones que Eros produce contribuirá a des-velar lo que Hermes mantenía oculto, y lo hermético quedará abierto al conocimiento y el placer. Pero, al mismo tiempo, la pulsión amorosa, relacional, conectiva que Eros alimenta, debe estar educada por una correcta interpretación del mundo y de la persona, sus facultades y potencias. En caso contrario, la pasión puede errar sin objeto y conducir al hombre al error, al dolor y la ignorancia. La excitación, y por tanto indeterminación, inherente a los deseos de conocer y disfrutar lo real debe resolverse en las formas y nexos correctos que proporciona Hermes, nexos que pueden conducir al engaño, pero que constituyen asimismo la vía correcta para conducir a su *psique* hacia las regiones ocultas, herméticamente cerradas, en las que celebrar sus bodas con el amor. Con todo, como el entendimiento no es más que una manifestación del principio unificador amoroso, Hermes *puede* educar a Eros, pero al final debe someterse, humildemente, a él, para que el entendimiento logre descifrar los herméticamente cerrados secretos que conducen a la revelación gozosa de lo Uno.

Referencias bibliográficas

- ALEXANDRIAN, [Sarane] (2003), *Historia de la filosofía oculta*, Madrid: Valdemar.
 APULEYO, Lucio (2004), *El asno de oro*, Madrid: Gredos.
 COPENHAVER, Brian P. (ed.) (2003), *Corpus hermeticum*, Madrid: Siruela.
 ECO, Umberto (1992), *Los límites de la interpretación*, Barcelona: Lumen.
 FAIVRE, Antoine, y Jacob NEEDLEMAN (comps.) (2000), *Espiritualidad de los movimientos esotéricos modernos*, Barcelona: Paidós.
 GÓMEZ DE LIAÑO, Ignacio (1988), *Arcadia*, Madrid: Alfabeta.
 — (1991), *Nauta y estela*, Madrid: Hiperión.
 — (1992), *El idioma de la imaginación. Ensayos sobre la memoria, la imaginación y el tiempo*, Madrid: Tecnos.

- GÓMEZ DE LIAÑO, Ignacio (1998-1999), *El Círculo de la Sabiduría*, Madrid: Siruela, 2 vols.
- (1999), *Musapol*, Barcelona: Seix Barral.
- (2001), *Filósofos griegos, videntes judíos*, Madrid: Siruela.
- (2002), *Sobre el fundamento*, Madrid: Siruela.
- (2003), *El diagrama del primer evangelio*, Madrid: Siruela.
- KLOSSOWSKI DE ROLA, Stanislas (1991), *El juego áureo. 533 grabados alquímicos del siglo XVII*, Madrid: Siruela.
- REALE, Giovanni (2004), *Eros, demonio mediador: el juego de máscaras en el Banquete de Platón*, Madrid: Herder.
- ROOB, Alexander (2000), *Alquimia y mística. El museo hermético*, Colonia: Taschen.
- WIND, Edgard (1998), *Misterios paganos del Renacimiento*, Madrid: Alianza Editorial.
- YATES, Frances (1994), *Giordano Bruno y la tradición hermética*, Barcelona: Ariel.